

# Hechizo en Nueva York

NEFELIBATA



Invierno



Todos los hermanos Amore teníamos el don en grados distintos, y a veces, su carácter voluble nos ocasionaba problemas. Como cuando era joven –y aún hablaba– y llamé al marido de una amiga para darle el pésame porque ella había muerto en un choque de tranvías, sólo que mi amiga aún estaba viva y el tranvía no chocaría hasta el día siguiente.

Fue difícil explicar eso, y más difícil si cabe, mantener a mi amiga alejada del tranvía al día siguiente, aunque supiera que su vida corría peligro. La gente normal lo pasa mal al escuchar el sordo zumbido del instinto. Que no se me malinterprete: ahora que ya soy vieja, estoy harta de la magia. Pero, aun así, si pudiera volver a vivir de nuevo, elegiría el camino de la magia. Sobre todo en este momento, cuando otra vida, mucho más preciosa, está en juego.

Ella va a volver ahora. Va a volver y traerá mis recuerdos con ella. Quizás no recordará nada. Dios bendito, no permitas que recuerde. Si lo hace, irá directo hacia el peligro. Si recuerda, mi promesa se romperá. Y eso sería una lástima, porque mantener promesas es una de las cosas que mejor se me da. Y guardar secretos. Y también las volteretas.

Sabía dar volteretas. Cuando éramos unos críos, mis hermanas no sabían, pero yo sí. Aún puedo sentir cómo se movía el

aire mientras daba patadas por encima de mi cabeza y movía las manos. Me gustaba hacer cosas boca abajo. Y eso molestaba a mamá.

–¡Toda la sangre se te irá derecho a la cabeza! –gritaba.

Por no mencionar a papá y mis faldas.

–¡Tápate, niña! ¡Si yo puedo verte las bragas, también puede verlas el edificio entero!

Di volteretas durante toda mi infancia. No éramos pobres, pero vivíamos apretujados. Todos en el mismo edificio, en la calle 170, en el Bronx, durante gran parte de nuestras vidas. Mamá y papá compraron el edificio cuando se casaron. Bueno, lo ganó papá. En una pelea. En aquella época solían pelear en la calle por dinero. Un buen día, la apuesta fue un edificio, y papá, un hombre muy práctico que no había peleado en toda su vida, se quitó la camisa y la lanzó al ring.

Cuando éramos muy jóvenes, en esos extraños y gloriosos años comprendidos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, vivíamos todos en el apartamento 1A. Diez personas y dos habitaciones. ¡Qué tiempos aquellos! Mamá era la que poseía el don de la magia. Ella nos transmitió su capacidad de ver el futuro y de cultivar hierbas y flores para preparar toda suerte de pócimas mágicas, pero la cosa más importante que nos dio fue el don de tenernos los unos a los otros.

Sin embargo, ahora Mimi, Fee y yo somos viejas. Somos lo que queda de los hijos de los Amore. Quedamos tres de un total de ocho hermanos, y llevamos la carga de aquel día a nuestra manera. Y cuanto más viejas nos hacemos, más fuerte es el don.

Una fría y oscura noche de diciembre nos despertamos del mismo sueño y nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina, los ojos fijos en un cuenco lleno de agua. Con el pelo de señora mayor recogido hacia atrás, mis dedos deformes escribían en una libreta con el bolígrafo que siempre llevo colgado del cuello.

«Va a venir», escribí.

–Va a venir –dijo Mimi.

–¿Por Navidad? –preguntó Fee.

–Tal vez... –repuso Mimi.

«Va a venir». Subrayé las palabras dos veces en la libreta, para enfatizarlas.

A Mimi le daba miedo creer; temía emocionarse. Sus chicas raramente nos visitaban. Pero nuestro don es fuerte. Creció al mismo tiempo en que lo hacíamos nosotras. Mimi debería saberlo y no dudar de él.

El don nos ayudó en nuestros tiempos más oscuros, y nuestros jardines mágicos hicieron que nuestra vida fuera salvaje como las rosas silvestres. Pero nuestras rosas tenían espinas, unas espinas más afiladas de lo que podrían llegar a imaginar jamás quienes viven sin magia. Como lo que sabía mamá, antes, incluso, de que una adivina se lo dijera: que 1945 sería un año muy malo para los Amore.

Al final, ningún don, por grande que fuera, podía prepararnos para las dificultades que se presentaron. Y quienes nos quedamos, soportamos la carga del «día que murieron los Amore» a nuestro modo. Sufrimos nuestras propias tragedias y guardamos nuestros propios secretos. Secretos que esparcieron pedacitos de nosotros mismos en el viento y que los gorriones recogieron y guardaron hasta el día que ella regresó.



# Eleanor

Eleanor Amore se hizo la prueba del embarazo en Nochebuena, en la habitación de su madre del hotel Taft. Carmen protagonizaba una función en el teatro Shubert que se representaba hasta Año Nuevo, de modo que Eleanor tenía la habitación para ella sola. Lejos de su cuarto en Yale. Lejos de miradas indiscretas. Y, lo más importante de todo, lejos de Cooper.

El Taft se encontraba muy cerca de su residencia estudiantil, pero era un trayecto de una sola dirección. Carmen nunca visitaba el campus. Si Eleanor quería ver a Carmen, tenía que ir hasta ella.

Mientras cruzaba el césped, alzó los ojos hacia el inmenso árbol de Navidad; aunque aún no había anochecido del todo, sus luces brillaban. El festivo árbol, recortado contra los restos del rosado atardecer, sorprendió a Eleanor, haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. Los contrastes siempre le causaban ese efecto. Se sentó en el frío cemento y hurgó en su enorme bolso de terciopelo hecho con retazos para sacar el cuaderno de dibujo y el carboncillo. Apoyada contra un banco del parque, empezó a mover el carboncillo por la hoja de papel en blanco, en suaves trazos. Sentir el color negro en sus manos siempre la había llenado de esperanza, aturdiéndola con sus muchas posibilidades. Si Eleanor no hubiera estado tan inmersa en su improvisada obra de arte, habría visto las palomas que arrullaban y se apiñaban a su alrede-

dor. Y lo que las aves veían a través de sus ojillos negros era una chica muy distinta de la que Eleanor creía ser. Mientras dibujaba, sonrió y sus ojos brillaron bajo su sombrero de punto. Trabajaba amplios y seguros movimientos, deslizando los dedos libremente, con habilidad. Eleanor llevaba mitones, así podía mover los dedos sin problemas.

Al poco rato, el sol se puso del todo, y estaba demasiado oscuro para dibujar. Eleanor lanzó un suspiro y cerró el cuaderno de dibujo y lo volvió a meter con el carboncillo en el bolso. Se sopló las manos para calentarlas y recorrió el resto del camino hasta el Taft.

Llevaba suficiente tiempo en el hotel para que el portero la reconociera, de modo que la dejó entrar en la *suite* aunque Carmen aún no había vuelto del teatro. Fue amable con ella, mirándola con ojos tristes, unos ojos que decían: «¿Qué ha sido de ella?».

Incluso en Yale, por muy impresionados que sus compañeros o profesores se mostraran ante su obra, su inseguridad le impedía pintar. Por mucho que había intentado unirse a la gente o jugar al billar en el Gypsy, no era capaz de encajar. El sonido de su falsa risa la ponía enferma. El carácter irónico de su condición de «solitaria» no se le había pasado por alto a Eleanor. Carmen necesitaba vivir rodeada de multitudes mientras que Eleanor quería vivir en un submarino. Arriba el periscopio, abajo el periscopio.

Eleanor encendió una luz tenue y entró en la elegante habitación de Carmen. Exagerada, pero muy cómoda. Se dirigió al baño de mármol y abrió la bolsa blanca de la farmacia con dedos temblorosos, evitando mirarse al espejo.

Orinó en el palito y rezó una oración en silencio, con los ojos cerrados. «Si existe un Dios, no aparecerá un signo más de color rosa».

Miró con un solo ojo. Había un signo más de color rosa.

«¡Mierda!».

Los pensamientos acudieron en su cabeza formando extraños ángulos, golpeándose unos contra otros. ¿Un bebé? Un bebé. Una vida estaba creciendo en su interior. Lo supo

—en cierto modo lo sintió— en el momento en que la concibió. Y, de alguna forma, desde entonces, había acunado la idea, como el Golem. Su vida cambiaría. No sería algo tan malo. Se trataba de todo lo demás, era la logística lo que suponía un problema. La idea de contárselo a Carmen le formó un nudo en el estómago.

Eleanor hizo una bola con la prueba y la tiró a la papelera que había debajo del lavabo. Los tiradores del armario estaban hechos de un cristal de color rosa pálido, como el vidrio marino... Vidrio marino... El destello de un recuerdo parpadeó... Un grupo de niños riéndose y enrollando alambre alrededor de trocitos de vidrio marino. Extraños fragmentos de recuerdos la habían asaltado, como errantes gotas de agua, desde el momento en que pensó que podía estar embarazada. Eleanor no sabía qué hacer con ellos, ni con todo lo demás. Su mundo, su inquieto mundo solitario, estaba patas arriba.

Sacudió la cabeza y regresó al salón. Tras apagar la luz, contempló la ciudad a través de la ventana. El centro resplandecía en un tono verde, iluminado por la cargada decoración navideña.

—Me deseo Feliz Navidad —le dijo al cristal, empañándolo con su aliento y dibujando un árbol de Navidad con la punta del dedo.

Eleanor se sentó en el sofá a esperar a su madre en la oscuridad. Se llevó las manos a la cabeza, palpando su familiar sombrero de punto. Tiró de él, colocándose el ala doblada frente a los ojos, y luego volvió a desdoblarlo.

Carmen le había regalado ese sombrero cuando tenía trece años. La última vez que había ido al Bronx a visitar a la familia de su madre. La primera vez que recordaba haber pasado un tiempo con los Amore en toda su vida.

Eleanor no era capaz de recordar nada concreto antes de los diez años. Había una especie de niebla brumosa que se extendía aquí y allá, sobre todo en las horas comprendidas entre el sueño y el despertar, en especial en las imágenes y los tenues susurros. Esas continuas e indescifrables caras de tiempo perdido la perseguían.

Su primer recuerdo «claro» se remontaba a la entrada del edificio de ladrillos del Bronx. Había pasado un verano allí con sus tías abuelas, su abuela y un tío abuelo. Eleanor no recordaba aquel verano; sólo recordaba haberlos dejado de pie en la entrada, mientras Carmen la cogía en brazos y la sentaba en la parte trasera de un taxi pintado a cuadros.

No volvieron al Bronx hasta que Eleanor cumplió trece años. Fue una noche divertida. Al menos para ella. Aunque no tanto para Carmen, que bebió demasiado vino y habló hasta por los codos.

–De un precioso verde claro para ti, Eleanor. Como tus ojos. Muy bonitos –le dijo, mientras le ofrecía el sombrero y un extraño cumplido que salía de su preciosa y ensimismada boca.

Eleanor sabía lo bastante sobre psicología popular para entender el vínculo que tenía con ese sombrero, pero la consolaba, y por eso lo llevaba. Si tenía que quitárselo, lo mantenía a su alcance. En un bolsillo trasero o en el bolso.

En la puerta se oyó el ruido de la llave.

Eleanor respiró profundamente y trató de no sudar. Carmen siempre era capaz de oler el miedo en ella y lo usaba en su contra. Tenía que ser fuerte. Mantenerse firme. Al menos por una vez.

La puerta se abrió. La habitación se iluminó.

–¿Cómo has entrado? –preguntó Carmen.

–El portero, mamá. –Eleanor lanzó un suspiro–. Yo también te deseo Feliz Navidad.

«Empezamos bien...», pensó.

–Maldita Navidad –dijo Carmen, quitándose el abrigo de visón negro y pateando la alfombra con los brillantes tacones negros de los zapatos–: Mírate. Estás hecha un desastre. ¿Ese sombrero? ¿En serio? ¿Te ha visto entrar alguien?

–Pues..., el portero.

Soy invisible para ella.

Carmen se dirigió hasta un ornamentado armario y lo abrió, dejando al descubierto un bar. Se sirvió una copa en un vaso corto y grueso y luego se miró en el espejo que colgaba sobre el bar.

Tomó un sorbo y se quedó mirando fijamente. Eleanor vio su rostro junto al reflejo de su madre.

Carmen era de un expresionismo alemán: llamativa, angulosa, exótica y fascinante. El de Eleanor era un expresionismo de acuarela: más suave, más redondeada, de tonos pastel. Una versión desvaída de su madre. Su nariz era pequeña: la de Carmen, romana. Su pelo, de un vulgar castaño oscuro; el de Carmen, una melena negro azabache. ¿Y ahora? Otra decepción que confesar.

Eleanor se levantó.

–Estoy embarazada –le dijo al reflejo de Carmen.

La espalda de Carmen se puso ligeramente rígida y la expresión de sus ojos cambió... Algo sutil, como un borrador..., un retrato surrealista. Los ojos de Carmen eran sendas ventanas con unas cortinas transparentes que, movidas por la brisa, dejaban ver las habitaciones que había detrás de ellas. Unas habitaciones vacías.

Carmen se dio la vuelta y se apoyó en el bar. Alta y delgada. Oscura y hermosa.

–¿Se lo has dicho a Cooper?

–¡No, por Dios! –repuso Eleanor.

Carmen tomó un sorbo de su copa.

–¿Te sigue pegando?

Eleanor no respondió.

–No deberías dejar que te haga eso, que te trate así. Llama a la policía y consigue una orden de alejamiento, por el amor de Dios –dijo Carmen.

–No es tan fácil, mamá.

–Claro que lo es. Tú haces que sea más difícil de lo que es en realidad. Quiérete un poquito, Eleanor. Eso obraría milagros en tu vida sentimental.

–Mira, mamá –dijo Eleanor, abriéndose paso entre los cáusticos comentarios–: sé que todo es muy inesperado. Y sé que tú y yo no nos llevamos bien, pero estoy en una situación realmente difícil y me preguntaba si...

Eleanor hizo una pausa. Sabía que era un error. Un punto débil que su madre podría utilizar más adelante como una ventaja.

Carmen se llevó las manos a la sien y se dio un masaje. Cerró los ojos y preguntó:

–¿Preguntándote qué? Ilumíname, por favor.

Pronunciando las palabras atropelladamente, Eleanor dijo:

–Me preguntaba si podría ir contigo en enero, cuando te vayas. Volver a Europa. Aún podría ir a Florencia para realizar las prácticas de verano.

Carmen abrió los ojos cuando Eleanor mencionó Europa. Eleanor sabía que aquella era la clave. Carmen había tratado de convencerla durante años de que, después de Yale, volviera a Europa. Eleanor sabía que no podía cumplir con las expectativas de Carmen, pero también sabía que, de momento, Carmen lo ignoraba. Con las falsas esperanzas de Carmen de su parte, Eleanor planteó la verdadera cuestión.

–Si vas a ayudarme.

–¿Ayudarte con qué? –preguntó Carmen, con una genuina confusión surcando su frente.

–Bueno... –«respira hondo. Adelante, no tienes nada que perder...», se dijo a sí misma–. Necesitaré ayuda con el bebé.

La palabra «bebé» se desplomó con fuerza en el gélido silencio que siguió.

–¿Cómo te atreves? –preguntó Carmen entre dientes, los ojos en llamas.

–Por favor, mamá.

–¿Por favor? ¿Por favor qué?

–Por favor, cálmate y piénsalo un segundo.

–¿Qué diablos quieres de mí? ¿Qué reacción esperabas? Te presentas aquí, me lanzas la bomba del bebé y luego me preguntas si puedes volver conmigo a Europa. –Carmen se agarró con fuerza a la barra del bar–. Y yo me digo, claro... y casi, casi pensé que ibas a ser normal, que reaccionarías frente a esto como lo haría una chica normal. Ya sabes..., abortar y seguir adelante.

Y pensé, sólo por una décima de segundo, que podríamos volver a llevarnos bien, ¿entiendes? Pero no. Tú quieres que sea tu mal-dita niñera.

Eleanor se tapó los oídos con las manos.

—No sé qué hacer. No sé qué hacer... No sé qué hacer —murmuró para sí misma.

Carmen respiró profundamente y se echó el pelo hacia atrás. Volvió a mirarse en el espejo, tiró ligeramente de sus tupidas pestañas y recobró la compostura. Eleanor levantó los ojos justo a tiempo para ver cómo Carmen pegaba a su rostro una agradable sonrisa maternal. A Eleanor le pareció escalofriante que, a través de la fachada, aún pudiera ver claramente una versión de *El grito*, de Edward Munch.

—Eleanor —canturreó Carmen, sentándose en el sofá junto a su hija—: sé que estoy siendo dura contigo, pero, en serio, cariño..., escúchame. Los bebés te absorben la vida. Te la absorben y luego olvidan todas las cosas buenas que hiciste por ellos. Todos los buenos momentos que pasaste con ellos.

Carmen se inclinó hacia delante, cogió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita y lo encendió con un elegante mechero de plata.

—Mamá, mi pérdida de memoria no es culpa mía.

Carmen dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Sabes? Leí un artículo sobre los niños y la pérdida de memoria. Decía que a veces lo hacen para llamar la atención.

Carmen se llevó los dedos a los labios para quitarse un invisible tabaco, una costumbre que tenía por fumar cigarrillos sin filtro.

—¿Me estás tomando el pelo? —Eleanor se puso de pie y se paseó por la habitación—. Tú eres la madre, mamá. Se supone que sabes lo que me pasó.

En todos los años que habían luchado en silencio para recuperar su infancia perdida, Carmen nunca fue capaz de responder a las preguntas de Eleanor: «¿Me di un golpe en la cabeza?

¿Me caí por unas escaleras? ¿Qué ocurrió?». Eso agravaba más, si cabe, su situación, y una bola de angustia burbujaba mientras observaba a su madre.

Carmen lanzó un suspiro y miró a través de una nube de humo.

—Olvídalo. Oh, perdona, ya lo has hecho. —Carmen se echó a reír, un sonido parecido al del diamante cortando cristal—. Lo cierto es que no cuentes conmigo si piensas tener ese bebé.

—Entonces, ¿adónde me propones que vaya? —preguntó Eleanor.

—No te estoy proponiendo nada. No apoyo tu decisión. Caso cerrado.

Eleanor sintió que se le doblaban las rodillas. Su frente empezó a empaparse en sudor y a picarle bajo el sombrero. «¿Qué voy a hacer?», pensó, con la cabeza a punto de estallar. No podía contárselo a Cooper. Ponerse en peligro a sí misma era una cosa, pero su bebé era otra completamente distinta. Carmen era su última esperanza... y ahora se había esfumado.

Paseó en círculos por la habitación mientras Carmen fumaba y se servía otra copa. Eleanor se detuvo ante una fotografía apoyada en una mesa que tenía delante de ella. Una fotografía que conocía muy bien: Carmen la llevaba consigo allá adonde fuera. Era una de las dos constantes de su errante vida. La foto y la mecedora.

*La mecedora... Deja que te llame cariño, estoy enamorada de ti... Carmen mecía y cantaba a la pequeña Eleanor. Podía sentir cómo se derramaba el amor. La dulce sensación de unas manos regordetas envueltas en un pelo sedoso...*

Eleanor se limpió las molestas lágrimas. Lágrimas de un recuerdo que no podía situar. Una sensación que nunca había conocido junto a su madre. «Soy adoptada, seguro», pensó, por enésima vez. Cogió la foto. Una joven y exageradamente impresionante Carmen, de pie en las escaleras del edificio de apartamentos de su familia en la calle 170, la miraba fijamente. Una voz que Eleanor llevaba oyendo desde hacía semanas le llegó de nuevo, más fuerte que nunca.

«Vuelve a casa».

Las palabras resonaron en la cabeza de Eleanor.

«Vuelve a casa».

–Ya sé qué voy a hacer –dijo. Su voz sonó con fuerza en medio del duro silencio y sorprendió a Carmen–. Volveré allí. –Cogió la fotografía y la señaló decididamente–. Volveré al Bronx –dijo.

Se dio cuenta de que lo había estado pensando todo el tiempo. Una tenue y sutil idea que había echado raíces.

–No lo harás –contestó Carmen, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior.

–¿Por qué no? –preguntó Eleanor, enérgicamente–. Tú te criaste allí. Y les caí bien. La vez que me llevaste allí. Bueno, la vez que yo recuerdo. Les caí bien, estoy segura.

–Seguro que te gusta ese chico, Anthony –dijo Carmen.

Eleanor se sonrojó.

–No, mamá, de verdad. Creo que, en cierto modo, allí encajo. ¿No lo recuerdas? Me regalaste este sombrero...

«Dije que era muy bonito...».

–¿Que si lo recuerdo? –le espetó Carmen, levantándose para mirar a los ojos a su hija, moviendo las manos alrededor del vaso y salpicando el bourbon–. Recuerdo a la loca de tía Itsy arañándose el cuello. Recuerdo el calor que hizo allí esa Navidad. Te recuerdo a ti besuqueándote con ese chico en el pasillo. Y recuerdo sobre todo que fue un gran error volver allí.

Eleanor se concentró en el vaso que su madre tenía en la mano. Cómo se movía. Cómo se derramaba para puntualizar lo que Carmen estaba pensando. «Incluso ese vaso tiene más agallas que yo», pensó.

–El error fue tuyo, mamá, no mío. Esa noche lo pasé bien.

Carmen no estaba escuchando. Una vez más. Se dio la vuelta y se sirvió una tercera copa.

–Y los fanáticos yoguis de la India haciéndome creer que tenía que reconciliarme con ellos. ¡Dios! Lo que daría por recuperar esa época bohemia. Era un poco vieja para la crisis de la mediana edad.

Eleanor había sido una hija «tardía». Nació cuando Carmen estaba a punto de cumplir los cuarenta, algo que siempre le recordó a Eleanor. «Tuviste suerte de que decidiera tenerte...», decía.

–Muy bien, entonces. Está decidido –dijo Eleanor, palmeándose las rodillas y dirigiéndose hacia la puerta.

–¿Qué?

Carmen dejó caer el cigarrillo y se detuvo para recogerlo, deramando su copa en el suelo.

Eleanor sintió cómo una risa nerviosa subía hasta su pecho y se agolpaba en la base de su garganta.

–Voy a volver. Si me necesitas, estaré con tu madre.

Sabía que lo que había dicho le dolería, y sus últimas palabras sonaron ácidas y amargas cuando salieron de su boca.

Carmen puso una mano encima de la que su hija había colocado en el pomo de la puerta. Eleanor bajó los ojos; sus blancos nudillos contrastaban con las largas uñas revestidas con «rojo luna de miel». Las uñas se clavaron en la mano de Eleanor. Hubo un momento de absoluto silencio antes de que Eleanor girara el pomo, echando todo su cuerpo hacia un lado para apartar a Carmen.

–No te vayas. ¡Allí hay algo malo, y tú lo sabes! –gritó Carmen, dejándose caer contra la pared que había junto a la puerta.

Eleanor abrió la puerta de par en par, pero se detuvo para observar a su madre, derrumbada contra la pared. Las lágrimas aparecieron en sus ojos. Del mismo modo que Carmen siempre podía captar el miedo en Eleanor, ahora era ella quien lo captaba en su madre. Las lágrimas se mezclaron con el rímel y formaron unos compactos grumos negros. Ni siquiera parecía Carmen. Sus labios eran finos y temblaban; sus ojos, muy abiertos, estaban llenos de sinceridad.

–No te vayas –dijo–. En serio, allí hay algo malo... Esas mujeres pueden ver cosas. Y pueden hacer cosas. Cosas que la gente normal no puede hacer. Cosas que la gente no debe hacer.

–Lo único malo de ese lugar es que tú lo dejaste atrás. Yo no soy como tú. Lo sabes mejor que nadie. Y...